

respiración, débame á mí, débale al señor Baüer, débale al Banco Hipotecario, débale al Preste Juan de las Indias, porque todos le deben á V., y si no creen que le deben, ni notan la falta... ¡ay de ellos, infelices, que pasaron por este mundo como si no pasasen!

En cambio, si no es V. un Becquer, ni mucho menos (¡y por desgracia no lo será V.!), pórtese como un rapaz formalcito, como persona seria, y agradecérselo hemos.



REVISTA DRAMÁTICA

Don José Echegaray. *El Hijo de Don Juan*.—*Sic vos non vobis*.—Don Angel Guimerá: *Judit de Welp*.—Don Eugenio Sel'és: *Las Vengadoras*.—Don Federico Urrecha: *Tormento*.—Algunas exhumaciones del teatro antiguo y del teatro romántico: *La Vida es sueño*, *La Niña boba*, de Lope de Vega.—*El Zapatero y el Rey*, *Traidor, inconfeso y mártir*, de Zorrilla.—Potpurri sobre el mismo asunto.

SE me ocurre encabezar esta Revista con una cita de Alfredo de Musset: la primer estancia á la muerte de la Malibran:

*Sans doute il est trop tard pour parler encor d'elle:
depuis qu'elle n'est plus quinze jours sont passés,
et dans ce pays-ci quinze jours, je le sais,
font d'une mort récente une vieille nouvelle.*

Aquella niña curiosa que se empeñaba en saber el paradero y destino ulterior de las lunas viejas, podría preguntar, con más discreto propósito, qué se hacen aquí

las discusiones teatrales de la temporada, aun no bien abren sus cálices de nieve la celinda y el mundillo, y apenas los primeros soplos bochornosos y cálidos del verano empujan á la gente á balnearios y playas. Esa condición tiene el teatro, que acalora, pero de un modo transitorio, ni más ni menos que los lances de otros espectáculos de orden inferior, á los cuales en algo ha de parecerse, siquiera en lo de estar sujeto al voto de la colectividad. Este ya ha sido pronunciado respecto á las obras estrenadas en todo el invierno, y es en cierto modo (*secundum quid*, como dicen los estudiantes de teología) inapelable. El fallo en última instancia del historiador literario sería hoy prematuro. Por eso habrá de quedarse el mío entre verdes y maduras, lejos del agraz y de la pasa, y como sepa y pueda, que no hay mejor.

Todas las consideraciones que me impone el nombre egregio de Don José Echegaray, no bastan á quitarme de la pluma que su drama *El Hijo de Don Juan* no fué

de mi agrado. Conozco que estoy obligada á fundar este juicio, y ahí entra lo peliagudo y difícil. ¿Por qué no apruebo *El Hijo de Don Juan*? ¿Es por haber tomado alguna idea ó escena del drama de Ibsen *El Espectro del pasado*? ¿Es por que en él (el de Echegaray, digo) hay tesis filosófica, intención científica, determinismo ó cosa parecida? ¿Es porque carece de acontecimientos, de *crescendo*, de prótasis y catástrofe, según entendía estos lances dramáticos el saladísimo pedantón de Moratín? ¿Es porque el papel del protagonista casi llena con perpetuo monólogo la obra? ¿Es por los tonos sombríos que la oscurecen? ¿Es por dos ó tres rasgos que descubren más al artista fecundo é imaginativo que al observador esclavo de la realidad (verbigracia, el acceso de locura pronosticado á hora fija por los médicos?) ¿Es por todas estas cosas juntas?

No lo sé, ni me doy cuenta clara de ello; porque si considero aisladamente cada objeción de las que podrían ponerse á la última obra de Echegaray, veo que se-

ría aplicable, no sólo á otras producciones del mismo autor por las cuales se ha granjeado universal nombradía y aplauso, sino á preciosas joyas del arte dramático, desde los tiempos de Anaxipo, Anaxándrides, Eupolis... y demás dramaturgos de la edad pretérita (como dijo Don Hermógenes) hasta nuestros días. ¿Que el drama de Echegaray tiene reminiscencias del de Ibsen? En primer lugar, Echegaray nos lo advirtió de antemano; pero que no nos lo hubiese advertido: ya sabemos cómo anduvieron de originalidad absoluta Shakespeare y Calderón. ¿Que hay tesis filosófica? También en *O locura ó santidad*, por no aludir á *Hamleto*, ni á *La Vida es sueño*. ¿Determinismo? El determinismo, bajo el nombre de *ananké ó fatalidad*, es el númen de la tragedia griega. ¿Tonos sombríos, perpetua angustia en el espíritu del espectador? No es más risueño ni más apacible *El gran Galeoto*, capolavoro ante el cual es preciso inclinarse.

A veces me dan ganas de creer que los

críticos (ó como se nos llame) nos quebramos ya de sutiles. El empeño de buscar para todo razones puntiagudas y hondas, nos lleva á desatender las explicaciones naturales y sencillas. La más natural de todas es la imposibilidad de que un autor de siempre en el clavo. Ese diantre de clavito de oro tiene una cabeza diminuta: para asestar bien el martillazo se requiere estar de vena; dos ó tres golpes con suerte no son grano de anís: Echegaray ha clavado y remachado firme en otras ocasiones; no le exijamos que siempre remache. Yo sostengo que la desigualdad entre obra y obra es infinitamente mayor en Lope de Vega, por ejemplo, que en ningún autor moderno. El fecundísimo Fénix no por eso se creería aminorado. No en balde, al escribir *El Castigo sin venganza*, le añadió el siguiente subtítulo: *Cuando Lope quiere... quiere*. La igualdad ó regularidad puede darse allí donde no se necesite, como elemento primario, la inspiración artística: esta consideración basta y sobra para que se com-

prenda por qué *El Hijo de Don Juan* no me satisfizo.

De ahí á que yo condene el que uno de los pocos autores españoles con fuerzas para probar caminos los pruebe y los registre, y emprenda todo género de tentativas para reanimar nuestra escena y explotar la mina de su propio talento, va gran distancia. Echegaray hace muy bien en *colombizar* (perdonen el verbo), y puede que, buscando el Catay, tope con las costas de América. Busque nuevas rutas; preparadas tiene las manos el público para aplaudir al más discutido, pero también al más alentado de los dramaturgos españoles.

Otro de los derroteros nuevos de Echegaray, en este invierno, fué el de la comedia plácida, rural, idílica (que de todo esto, y también mucho de *féerie*, tiene *Sic vos non vobis*). Tal vez el fracaso del drama influyó en la severidad excesiva con que se recibió la comedia. No es mi intento probar (á ejemplo de Don Hermógenes) "que es un acéfalo insipiente cual-

quiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas,; no vaya á salir algún avinagrado Don Pedro con la pata de gallo de que "por ser V. el que la abona, infero que ha de ser cosa detestable,.". Sólo diré que si Echegaray, en vez de escribirla deprisa y á modo de *interludio*, la hubiese querido perfilar, con bien poco trabajo resultaría una comedieta primorosa. El primer acto produce grata impresión de placidez, frescura y calma. Los otros dos decaen, y se me figura que pudo Echegaray sostenerlos, acaso sin más arbitrio que reducirlos á uno solo. Sea como quiera, la obra no merece desdén ni acritud. Es un ensayo que muestra aspectos, hasta hoy desconocidos, del alto ingenio de Echegaray.

*
* *

El éxito de *Mar y cielo* había animado á Don Angel Guimerá á probar otra vez fortuna en el escenario de un teatro ma-

tritense. La elección del segundo drama tal vez no fué acertada; *Judit de Welp* es obra de poeta más que de dramaturgo conocedor de la escena y domador de la fiera-público. Desde que lei la obra en catalán, tuve para mí que no pelecharía en castellano, y estas no son profecías de Nostradamus, pues dos días antes del estreno lo dije en letras de molde (si bien en tal sitio y de tal modo, que mis vaticinios no pudiesen influir ni en un solo espectador siquiera). Confirmóse mi temor cuando asistí al ensayo general. Comprendí que, aparte de toda apreciación sobre el valor de *Judit de Welp* como obra artística y en el conjunto del teatro de Guimerá, había ciertas dificultades de índole especialísima, que no perjudicándola para el lector, habían de dañarla mucho ante el espectador. Así como otros autores pecan de difusos, Guimerá se pasa de conciso: las frases de sus personajes parecen algunas veces fórmulas algebraicas del sentimiento, de la pasión ó del raciocinio. Escribe á chispazos, y por poco que

el actor se descuide en dar relieve y subrayar con claridad la réplica que le toca en el diálogo, el espectador se queda á oscuras, y como no entiende, se impacienta y fastidia. Añádase á la dificultad de la concisión de Guimerá la del retorcimiento de algunas frases, impuesta al muy discreto traductor por la tiranía del dichoso verso libre, suelto ó blanco, y tendrán Vds. á la mitad ó á las dos terceras partes del público en ayunas del argumento. — No se basaba éste, además, en sucesos familiares aun para la gente poco versada en historia, sino que se situaba en uno de los períodos más nebulosos de la de Francia, en la decadencia de la dinastía carlovingia ó carolingia (cuyos personajes, vistos así en la escena, tienen al pronto cierta semejanza con reyes de bastos y sotas de oros). Mientras *Mar y cielo* suscitaba en nuestros espíritus reminiscencias de cosas de ayer, de piraterías argelinas, lances de corsarios, novelas de Cervantes y problemas de unidad religiosa que aún se

agitan hoy, el mundo semi-bárbaro evocado por Guimerá está tan fuera del horizonte de la cultura general, como fuera del círculo de lectura más frecuente en España están las narraciones de Thierry ó la *Gesta* de Rolando.

Para animar esos borrosos fantasmas de la historia y que vuelvan á vestirse de carne, se necesita un esfuerzo mucho mayor y una racha de inspiración más ardiente y viva que para otros asuntos. Así y todo, el público manifestará siempre ante las edades evaporadas cierta extrañeza y recelo, con algo del dolor que causa la comprobación de la propia ignorancia, porque es una mala nueva para un hombre la de que hay puntos históricos de los cuales él no tenía ni noticia y sobre los cuales pueden hacerse dramas. Aun admitiendo los tiempos carolingios en la escena, paréceme á mí que Guimerá, en *Judit de Welp*, podría haberlos humanado más. Sin duda que en la vida y carácter del hijo y del que no sé si llame nieto de Carlomagno, así como en Judit,

hay un drama real y terrible. Ludovico Pío ó el *Bondadoso*, era, como dice de él Michelet, el bienaventurado en quien fenecen las dinastías entronizadas por la violencia: con los ojos puestos en el cielo no veía las impurezas del mundo. Pero un día tentóle el diablo (que tiene para probar á los justos especial permisión) por el camino de la ventura lícita y consagrada por la Iglesia; y habiendo perdido á su primera mujer, que no era amable, convocó á las hijas de los grandes del reino y arrojó el pañuelo á la más bella—Judit de Welp.—A las dotes de la hermosura añadía Judit de Welp otras más raras: las del entendimiento y la cultura literaria y científica; cosa no tan sorprendente si se considera que las tradiciones clásicas nunca perecieron del todo, ni en los tiempos más caliginosos de la Edad Media. Judit amaba la poesía, las canciones, la música, la gente caballeresca y pulida de Aquitania: era erudita con ribetes de artista; en cambio su marido, tétrico (pues dicen los cronistas que

nunca se le vió reír), pasaba el día en oración. Entre la Augusta y el Orozco de la dinastía carolingia, el drama estaba planteado desde los primeros instantes: y el drama vino, con los amores de Bernardo, duque de Septimania, de los cuales afirmó la malicia que había sido fruto Carlos *el Calvo*, el héroe de Guimerá. Los hijos del primer matrimonio trataron á Ludovico Pío como las ingratas hijas del rey Lear al pobre viejo, y Carlos *el Calvo*, el retoño del pecado, llegó, andando el tiempo, á asesinar al duque Bernardo por su propia mano, diciéndole, según refiere antigua crónica benedictina, que Guimerá consultó: "Muere, tú que manchaste el tálamo de mi padre."

Como se ve, no es asunto y tela lo que falta; Guimerá sólo eligió, para su obra, la última parte de la historia tremenda: el parricidio. Para ello ha necesitado cambiar el carácter humanísimo y casi moderno de Judit de Welp en otro bien distinto y más abstracto, haciendo de Judit una mujer cuyos remordimientos llegan

al fanatismo; una mujer escrupulosa y contrita hasta un grado pueril, y que por no decir una palabra ocasiona una cáfila de horribles males, muertes, crímenes y asolamientos. No dice á Bernardo que Carlos es su hijo, por lo cual Bernardo alza el puñal sobre él y le persigue de mil maneras; no dice á Carlos que Brunegilda es su hermana, por lo cual Carlos se empeña en llevarla al altar; no dice á Carlos que Bernardo es su padre, por lo cual Carlos le apuñala. No será agradable confesar tales historias; pero entre una confesión, ó por lo menos una indicación, y varias catástrofes, ninguna mujer del carácter y entendimiento de Judit de Welp vacila.—Ni es, pues, la Judit histórica la que vemos, sino una Judit inventada.

De todos modos, esto no fué lo que impidió al público *entrar* en el drama de Guimerá, pues el público nada sabía de Judit. Repito que no entendió el argumento la mitad de los espectadores; repito que nadie comprendió por qué suce-